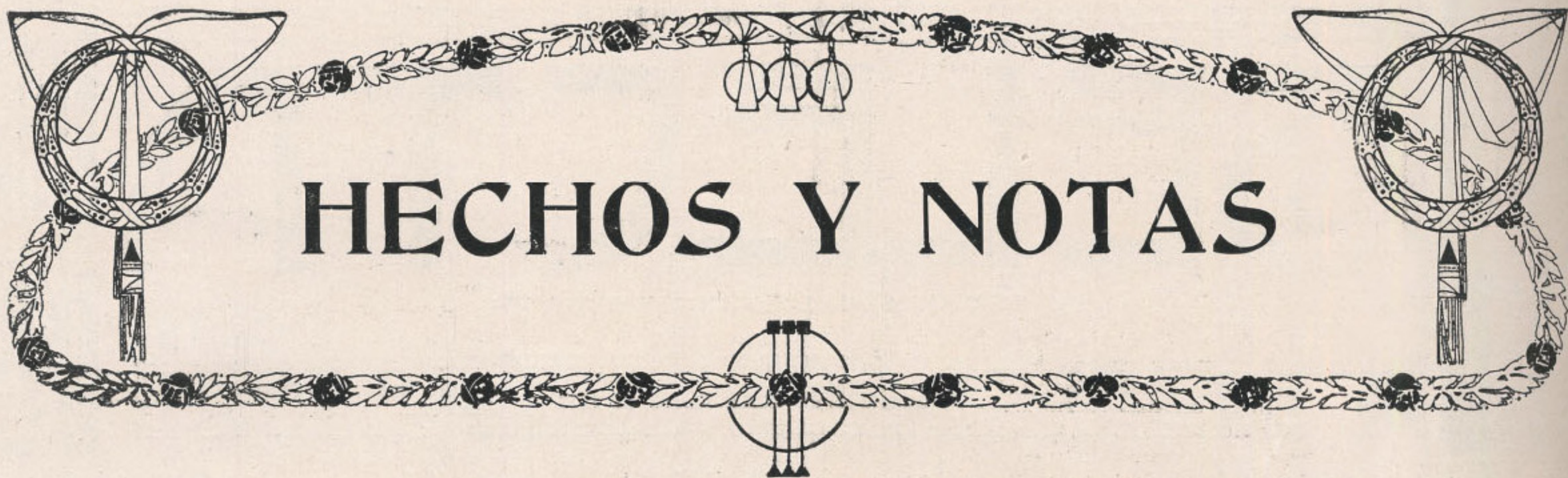




HECHOS Y NOTAS

EL año de 1910, después de considerable ruido, de lujo en pólvora y en salvas, de acontecimientos graves y de locas diversiones y festividades públicas, se ha derrumbado silenciosamente, deslizándose entre los juguetes de los niños que celebraban el advenimiento del nuevo año. Era el primer centenario de nuestra independencia, de nuestra cuna, de aquel momento supremo é inolvidable en que nos echamos á andar, cayendo y levantándonos, como los niños, pero con rumbo hacia adelante, hasta el momento en que lo hicimos por nuestra cuenta, como niños grandes, y luego nos lanzamos á la calle, en donde nos armaron camorra los vecinos que salieron mal parados, pues uno de ellos perdió la capa, y el sombrero el otro, como quien dice Tarapacá y Antofagasta.

Eso ha sido nuestra vida, el resumen de historia nacional de un siglo. El trabajo, la honradez, la modestia, la tranquilidad y la moderación de nuestros hábitos, la regularidad de nuestra marcha política nos abrieron crédito en el mercado del mundo y hasta cierta reputación de personas serias y honorables. Se nos consideraba fuera del periodo de las revoluciones. Sin embargo, tuvimos una, con diez mil cadáveres y cien millones de gastos, y además, quince años después, un terremoto que nos ha colocado en las mismas condiciones de Messina, la de la bella Italia.

Mas, sean cuales fueren los accidentes de la vida de un siglo, no tenemos, en realidad, motivo alguno para quejarnos de ella. Chile, en cien años, ha pasado de ser la última de las colonias españolas á una de las mejor organizadas y más prósperas Repúblicas de la América Latina. Hace un siglo, teníamos un mandatario enviado de la Península, que gobernaba como señor absoluto, con poder discrecional; casi no existía el comercio ni tampoco la industria, ni la insinuación pública. Las acequias corrían por el centro de las calles. No había alumbrado público. Se pasaba en carreta, pues á penas si existían cuatro calesas. El vestuario era pobre, las casas carecían de comodidades, de mobiliario y de elegancia. Los viajes á Concepción demoraban quince días y á Valparaíso dos ó tres. El fanatismo era horrible. No existían teatros ni espectáculos públicos, á no ser las riñas de gallos á las cuales era tan aficionado el Presidente García Carrasco. La calle de San Antonio era un basural en donde escodían sus escaleras los ladrones para sus asaltos nocturnos. Las raras veces en que algún vecino salía de visita, de noche, iba precedido de un negro con un farol, para no romperse la crisma en el camino. ¿Y la sociedad? Puede decirse que no existía, pues sólo se visitaba en días de santo, y á los parientes ó amigos íntimos. En los saraos, las mujeres se sentaban á un lado y los hombres al otro.

No existían las peloterías políticas y caídas de Ministerio, como en el día, sino los capítulos para las elecciones de Prior en el convento. Esas elecciones, en cambio, se hacían á puño limpio y con una mezcla bastante regular de tenacidad aragonesa y de valor araucano.

Decíamos que en los saraos ó bailes, las señoras se sentaban en el estrado, á un extremo de la quadra, y los hombres al otro. Era una época de prudencia, en la cual se creía necesario guardar, á lo menos, una distancia de seis metros entre los hombres y las mujeres, según lo aconsejan algunos padres de la Iglesia. Acaso los Padres de la Patria eran de materia más inflamable que sus nietos, lo que no redundaría en honor de la decendencia... ó de la ascendencia, según los gustos.

Sea de esto lo que fuese, no sería posible negar que la sociabilidad se hallaba en pañales hace un siglo, en Chile, y que la gente no se conocía ó casi no se trataba. Las crónicas de la época nos refieren cosas increíbles, tales como aquel famoso duelo entre Lisperguer y González Bravo de Saravia, en la Plaza de Armas actual, en la puerta misma de la Catedral, á la salida de misa, duelo que degeneró en batalla campal entre los amigos y parciales de uno y de otro, concluyendo con dejar el campo sem-

brado de muertos y heridos. Y esto pasaba á la salida de la misa... No necesitaremos recordar, por cierto, las leyendas de la Quintrala, la célebre doña Catalina de los Ríos que mandaba asesinar, en el patio de su propia casa, á un amigo infiel, y luego, perseguida por la justicia, buscaba asilo en el convento de los Padres Agustinos. Esa Quintrala había hecho crucificar á un esclavo que le había perdido un pañuelo. Tales eran las cosas que durante la colonia se veían.

Cien ó ciento cincuenta años después, nos encontramos con una sociedad elegante, vestida á la última moda de París, fina y cortés en sus maneras, que da bailes magníficos, y que en vez de matarlos, se deja robar por sus cocheros y por sus cocineras; es verdad que los coches están muy bien puestos y la comida es excelente en las casas. Ahora ya no estamos á diez metros de las damas, como antes, y algunos acortan la distancia de manera que suele causar justísimos temores á los allegados y parientes. También podría ser que nosotros fuésemos casi totalmente incombustibles, al revés de los Padres de la Patria que junto con arder "en el fuego santo del patriotismo" se incendiaban de diversos modos.

Ahora ya no empleamos quince ó veinte días en el viaje á Concepción. Se toma el nocturno, á las seis, y se amanece en la hermosa capital del sur. Y esos ferrocarriles, y esos muelles, y esos carruajes de lujo, y esos magníficos espectáculos teatrales, y esas conferencias de grandes escritores y poetas, y las bibliotecas públicas y el libro al alcance de todos, y las casas de lujo con hermosos techos artesonados y con patios cubiertos de vidrio y plantas finas traídas de los climas remotos: eso es el progreso, es la civilización que nos han venido con la libertad y con la independencia.

Si continuásemos en nuestro estado antiguo de colonia española, acaso no tendríamos ni ferrocarriles, ni grandes establecimientos de instrucción pública, ni hermosos paseos, ni Parque, ni Cerro Santa Lucía, ni los palacios de lujo que por todas partes aparecen.

Y ya que hablamos de ayer y de hoy, y que acabamos de mencionar el Cerro Santa Lucía, sería curioso reproducir las fotografías del Cerro en el año de 1874 y en el día. Antes era un montón de piedras, una colina desnuda y salvaje, una agrupación de piedras grises, en lo alto de la cual se elevaba una reducida fortaleza española. El sol reverberaba sobre sus laderas descarnadas, y sus costados, de una fealdad repelente, ponían un feo lunar en la ciudad, en el centro mismo.

Llegó Vicuña Mackenna, y con su varilla mágica, transformó el peladero de rocas sinuosas en un jardín suspendido, como el célebre de Babilonia, en uno de los paseos más hermosos del mundo. Lo llenó de árboles, de plantas, lo cubrió de tierra vegetal; abrió caminos en la roca viva, y relleno costados enteros con millones de carretadas de tierra. Colocó estatuas y capillas y puentes rústicos y escalas volantes. Gastó muchos millones, colectados voluntariamente y peso á peso de los vecinos, y, por último, Vicuña Mackenna invirtió en el Cerro Santa Lucía una parte de su propia fortuna personal, contrayendo hipotecas y deudas exclusivamente destinadas á cuentas del Cerro que no le fueron jamás reembolsadas. Ese fué el origen de la ruina financiera del grande escritor é Intendente.

Ha transcurrido un siglo desde la Independencia, y la modesta aldea de Santiago que sólo contaba con treinta mil habitantes, pasa de los cuatrocientos mil; su área reducida y limitada por la antigua calle de las Cenizas y el río, se extiende por una superficie inmensa, con hermosos parques y jardines, con plazas bellísimas, aún cuando no tan numerosas como sería de desearse. Tiene la Quinta Normal, el Parque Cousiño, con admirables plantaciones, el Cerro Santa Lucía que es un ramo de flores y de árboles, y el Parque Forestal, futura grande arteria que parece como la vena ahorta de una gran ciudad, y la Avenida de las